

JOHN CONNOLLY
MÁS ALLÁ DEL ESPEJO

Traducción de Carlos Milla Soler

TUSQUETS
EDITORES

La casa Grady no es fácil de encontrar. Está al pie de una tortuosa carretera rural que, como un reptil que se apartara del camino para arrastrarse hasta morir, se desvía de la Estatal 210 en dirección noroeste y avanza entre escarpados ribazos poblados de pinos y abetos, cada vez menos transitable a medida que el asfalto da paso al cemento agrietado, el cemento a la grava, la grava a la tierra, como si conspirase para disuadir a quienes llegaran a ver la casa de tejado azul a dos aguas que aguarda al final. E incluso allí surge un último obstáculo que los curiosos tendrán que vencer, ya que el desigual sendero que lleva hasta la puerta está asilvestrado, invadido por la maleza. Árboles caídos siguen donde en su día se desplomaron y forman ahora puentes naturales que aprovechan las plantas rastreras y las trepadoras, sumándose a ellas las zarzas y las ortigas para crear un torvo muro verde y marrón. Sólo los visitantes más tenaces lograrán superarlo abriéndose paso a través de la vegetación o salvando zanjas y peñascos, tropezando con raíces que apenas parecen prendidas al terreno, raíces de árboles a merced de cualquier tormenta, hasta la más ligera.

Aquellos que consigan pasar llegarán a un jardín de tierra gris y hierbajos malolientes, delimitado por el linde del bosque, que allí está formado por una hilera de árboles llamativamente uniforme a una distancia de seis o siete metros de la casa, de tal modo que se diría que la propia naturaleza se resiste a aproximarse. Es una sencilla construcción de dos plantas, con el piso superior coronado por una mansarda. Un porche la circunda por tres de sus lados, y en la fachada este un balancín torcido, en estado lastimoso, cuelga de una sola cuerda. Las hojas muertas, abarquilladas como restos de insectos, se amontonan contra ventanas y puertas. Enterrado entre ellas asoma el cascarón momificado de una carriza, su cuerpo aplastado y sus plumas tan frágiles como un pergamino antiguo.

Hace ya tiempo que las ventanas de la casa Grady se tapiaron con tablones y las entradas delantera y posterior se reforzaron mediante puertas de acero. Nadie ha ocasionado desperfectos, porque incluso los gamberros más osados se abstienen de acceder a ella. Algunos se acercan a mirar y a tomar una cerveza a su sombra, como si desafiaran a los demonios de la casa a arremeter contra ellos; pero, como niños pequeños incitando a un león a través de los barrotes de la jaula, son valientes siempre y cuando se interponga una barrera entre ellos y la presencia oculta en la casa Grady.

Pues allí hay una presencia. Acaso no tenga nombre, o ni siquiera forma, pero existe. Se compone de sufrimiento, de dolor y de desesperanza. Está en el pol-

vo del suelo y en el papel desvaído que se desprende lentamente de las paredes. Está en las manchas del fregadero y en la ceniza del último fuego. Está en la humedad del techo y en la sangre del entarimado. Está en todo, y todo forma parte de ella.

Y está a la espera.

Resulta extraño cómo el nombre de John Grady apenas se menciona, salvo en alusión a asesinatos perpetrados por otros. No se ha escrito ningún libro sobre él —ni siquiera en estos tiempos de curiosidad insaciable acerca de los individuos más siniestros que han habitado entre nosotros—, y el carácter de sus crímenes no se ha explorado aún en la imaginación popular. Cierto que si uno está dispuesto a escarbar en las publicaciones de criminología o los manuales sobre actos violentos, encontrará intentos de comprender el caso de John Grady, pero todos fracasan. El caso de John Grady es inexplicable, ya que para explicarlo antes debería *saberse* algo sobre él. Debería conocerse cierta información: unos antecedentes, una personalidad. Debería haber compañeros de estudios y de trabajo; un padre ausente, una madre autoritaria. Debería tenerse constancia de un trauma y una sexualidad conflictiva. En cuanto a John Grady, nada de todo esto existe.

Llegó a Maine en 1977 y compró una casa. Sus vecinos se acercaron a visitarlo y él los invitó a entrar a verla. Era una casa antigua, pero saltaba a la vista que

John Grady tenía cierta experiencia en albañilería, porque estaba derribando tabiques, colocando parqué, rellenando grietas y sustituyendo las tuberías viejas. Sus vecinos nunca se quedaban mucho rato, ya que John Grady era a todas luces un hombre muy ocupado, aunque de dudoso gusto. El papel pintado original, uno caro, ya había desaparecido, y ahora ocupaba su lugar otro más barato, sin adornos. La cola que Grady usaba era creación suya y apestaba, lo cual proporcionaba a los vecinos una razón más para no prolongar su visita. Grady llevaba a cabo todo el trabajo solo. Hablaba de sus proyectos para la casa y se notaba que la había creado ya en su cabeza. Hacía referencia a cortinajes rojos y mullidos sofás de terciopelo, a bañeras con patas en forma de garra y mesas de caoba para el comedor. Era, sostenía Grady, un trabajo hecho con amor, pero la gente, al contemplar aquel papel pintado barato y oler la hedionda sustancia con que lo había encolado, lo catalogaba de fantasioso.

John Grady raptaba niños. Se llevó al primero, el pequeño Mattie Bristol, de North Anson, en el otoño de 1979; al segundo, Evie Munger, de Freyburg, en la primavera de 1980; al tercero, Nathan Lincoln, de South Paris, en el verano de 1980; a Denny Maguire, la cuarta víctima y único superviviente, lo raptó mientras volvía del colegio, en Belfast, la tercera semana de mayo de 1981; y su última víctima, Louise Matheson, desapareció cuando iba de su casa en Shin Pond a la de su mejor amiga, Amy Lowell, el 21 de mayo de 1981.

Ése fue su error, porque Amy, impaciente ante la inminente llegada de su amiga, la esperaba escondida en el bosque a un paso de su casa, dispuesta a salir de improviso y sorprenderla. Vio cómo el Lincoln de Grady se detenía junto a su amiga, y al hombre de dentro inclinarse a un lado para hablar con ella. Poco después, cuando Grady, con su enorme mano, agarró a Louise por el pelo y la obligó a entrar en el coche, Amy fue incapaz de moverse. Sus padres la oyeron gritar, y en cuestión de minutos la policía iba hacia allí, a la vez que se organizaba ya la búsqueda de un Lincoln rojo.

No tuvieron que ir muy lejos para encontrarlo. En el secuestro de Louise Matheson, John Grady decidió aprovechar una circunstancia propicia. Había raptado a sus víctimas anteriores en pueblos repartidos por todo el estado y luego las había llevado al oeste para matarlas; Shin Pond, en cambio, se hallaba a sólo quince kilómetros de su casa. A John Grady le costaba cada vez más saciar sus apetitos, y el desahogo que experimentaba al satisfacerlos ya no duraba tanto como antes. Es posible imaginarlo, el día del secuestro de Louise Matheson, deambulando por las carreteras, consumido por su ansia, tal vez prometiéndose que sólo pretendía distraerse de esos apetitos con un paseo, que en realidad no buscaba a otra víctima.

John Grady era un hombre alto y delgado. Prematuramente canoso, llevaba el pelo casi al rape, lo que confería a su rostro un aspecto aún más alargado. Debido a una carencia de calcio en la infancia, tenía

un mentón prominente, poco agraciado, que él procuraba disimular manteniendo la cabeza gacha. En público, siempre vestía traje, realzado por medio de una vistosa pajarita y unos tirantes oscuros. Se advertía en él algo anticuado. Daba la impresión de que sus trajes, aunque limpios, habían pasado una temporada en un desván o una tienda de ropa usada. Llevaba camisas un poco raídas en el cuello y los puños, y las pajaritas presentaban un aspecto apagado más que nuevo, con arrugas y manchas que inducían a pensar en muchos años de uso.

John Grady tenía los dedos largos y las manos grandes. Amy Lowell contó a la policía que cuando aquel hombre agarró a su amiga por la cabeza, sus dedos se cerraron por completo en torno al cráneo como las garras de un ave enorme, llegándole casi hasta los ojos.

Pese a su estado de shock, Amy Lowell ofreció a la policía una buena descripción del individuo que se había llevado a Louise Matheson, y del vehículo en el que viajaba. Algunos recordaron que John Grady tenía un Lincoln rojo, y la policía se personó en su casa y encontró el coche. Nadie atendió cuando llamaron a la puerta, y a eso siguió una discusión entre los agentes, allí en los peldaños del porche, sobre si existía o no causa probable. Interrumpidos por el grito, real o imaginado, de una niña, echaron la puerta abajo.

John Grady estaba en el vestíbulo de su casa. Su gran obra seguía inacabada, y había escalerillas de mano y sábanas por todas partes. Tenía la mano iz-

quiera en el picaporte de la puerta del sótano y empuñaba una pistola con la derecha. Antes de que lo detuvieran, se apresuró a cruzar la puerta del sótano y echó el cerrojo. La había reforzado precisamente en previsión de tal contingencia, sustituyendo el endeble panel original por un robusto portón de roble con varas de acero y un pasador de seguridad. La policía tardó veinte minutos en derribarla.

Cuando entraron en el sótano, Louise estaba muerta. Desmadejada junto a ella en el suelo había otra criatura, un niño de corta edad. Aún vivía, pero había perdido el conocimiento a causa del hambre y la deshidratación. Era Denny Maguire.

John Grady, de pie junto a ellos, se apuntaba a la cabeza con la pistola. Sus últimas palabras, antes de apretar el gatillo, fueron:

—Esto no es una casa. Esto es un hogar.